

SERENDIPIAS

Las coincidencias: malabarismos del destino



De niño, uno se pregunta por la razón de todas las cosas, indiscriminadamente, pero llegada una edad, cuando el niño se convierte en gente, la curiosidad empieza a discriminar y a hacer distinguos entre los fenómenos de la vida, asumiendo tácitamente que sólo algunas cosas tienen derecho a porqués y explicaciones; el resto, pasa a formar parte de ese cajón de sastre que damos en llamar coincidencias.

"Acababa de registrarme en la recepción del Hotel Savoy, en Londres. Al abrir un cajón de la habitación descubrí, para mi sorpresa, que contenía unos objetos personales que eran propiedad de un amigo mío, Harry Hanin, que por aquel entonces viajaba con el equipo de baloncesto de los Harlem Globetrotters. Dos días más tarde recibí una carta de Harry, enviada desde el Hotel Meurice, en París, que empezaba con estas palabras: "No te lo vas a creer." Al parecer, Harry había abierto un cajón de su habitación y había encontrado una corbata que llevaba mi nombre. Era una habitación en la que yo había estado unos meses antes". Quien lo cuenta es Irv Kupciner, columnista de un diario de Chicago.

Hay cosas que parece imposible no creerse. Por ejemplo, las circunstancias relacionadas con la muerte de la escritora norteamericana Judy Wax. En 1979, dentro de una campaña de promoción de su libro *Starting in the Middle*, la autora tomó el

vuelo 191 de American Airlines, un DC-10 con despegue en Los Ángeles y aterrizaje en Chicago. El avión se estrelló; no hubo supervivientes. Precisamente en la página 191 de *Starting in the Middle* mencionaba la autora su miedo a volar. Pero hay más. La edición de la revista *Chicago*, que había salido a la venta una semana antes incluía una entrevista con Judy Wax que estaba (idóndese si no!) en la página 191, con la última fotografía de la autora. En la página siguiente aparecía un anuncio del vuelo 191 de American Airlines a bordo del DC-10. Esta coincidencia queda plasmada para la posteridad, ya que colocando la hoja al trasluz podía verse la foto de Judy Wax, superpuesta al avión en el que encontró la muerte.

En el ámbito científico, las casualidades suelen contener un mensaje. La historia de la humanidad está llena de avances que se producen gracias a una coincidencia afortunada observada por un ojo atento, como por ejemplo, el descubrimiento de la vitamina B, la pila eléctrica, la nitroglicerina, los rayos X, la vacuna de la polio, la aspirina, la sacarina, e incluso la ley de la gravedad. Este tipo de hallazgos parcialmente fortuitos se denomina serendipia.

Poético como un cuento de hadas es el descubrimiento de la electricidad, antiguamente conocida como galvanismo debido al nombre del científico que se percató de su existencia, Luigi Galvani. Galvani era conocido por sus avances en el campo de la disección. La tarde en la que se produjo el descubrimiento no parecía distinta de cualquier otra. El profesor estaba a punto de diseccionar una rana ante un grupo de alumnos atentos o aburridos, tanto da. Aún generosos, los rayos del sol poniente entraban en el aula.

Alguien tocó accidentalmente los nervios de la rana con la punta de un escalpelo, y el animal se convulsionó bruscamente varias veces. El profesor intuyó que algo trascendental había sucedido, y repitió el experimento varias veces. Sus conclusiones derrocaron el antiguo modelo cartesiano, sentando las bases de

la neurología moderna. Los nervios no eran canales con fluidos, sino conductores eléctricos o, en otras palabras, transmisores.

También el descubrimiento de la penicilina, en 1928, es fruto de una serendipia.

En una ocasión, Fleming advirtió que un disco de cultivo de bacterias había sido invadido por un moho procedente de ciertas esporas que habían entrado por la ventana del laboratorio. Alrededor del moho había un cerco de bacterias reventadas, gracias a las cuales el científico pudo reconocer un hongo llamada *penicillium notatum*, del que finalmente extrajo la penicilina. Pero ésa no fue la única serendipia de la que se benefició Fleming. Seis años antes había caído una lágrima suya en un cultivo. Gracias a ese incidente, llegó a descubrir una enzima llamada lisozima.

La escritora Rebecca West cuenta que en una ocasión acudió al Royal Institute of International Affairs en busca de determinada obra. Se encontró en una estancia abarrotada de estanterías a su vez repletas de libros sobre los juicios de Núremberg. Al darse cuenta de que el sistema de catalogación no le servía para nada, la señora West acudió a una de las bibliotecarias a quejarse, y para demostrarle su problema, eligió un libro al azar. Para su sorpresa, se dio cuenta de que no sólo había elegido el libro que buscaba, sino que además lo había abierto precisamente por la página en donde se encontraba el dato que necesitaba.

El célebre actor Anthony Hopkins había sido elegido para interpretar un papel en la película *La chica de Petrovka*, basada en una novela de George Feifer. El actor fue a comprar la novela, pero no pudo encontrar ni un solo ejemplar en todo Londres. Hopkins bajó al metro. Mientras esperaba en la estación de Leicester Square, vio que alguien había abandonado un libro en un asiento. El actor cogió el volumen, que resultó ser un ejemplar de

La chica de Petrovka. Pero eso no era todo; además, el volumen tenía anotaciones en los márgenes. Posteriormente Hopkins se enteraría de que ese ejemplar lo había perdido un amigo de Feifer, y de que las anotaciones habían sido escritas por el propio autor de la novela.

Mucho antes de imaginar que un día llegaría a ocupar el trono papal, en 1923, Pablo VI compró en Polonia un pequeño despertador, que durante los cincuenta y cinco años siguientes llevaría consigo a todas partes. El despertador sonaba todas las mañanas a las seis en punto. Pero el domingo 6 de agosto de 1978, el despertador se puso a sonar estridentemente a las diez menos veinte de la noche, sin que nadie pudiera explicarse por qué. Lo más extraño es en ese instante que el papa acababa de morir. El portavoz del Vaticano declaró su asombro ante el incidente. Sin embargo, al parecer estas anécdotas suceden con relativa frecuencia. A lo largo de su vida profesional, los relojeros tienen ocasión de escuchar muchas.

En 1899, Charles Francis Coghlan, un actor oriundo de la isla Prince Edward, Canadá, que por entonces se encontraba de gira por el estado de Tejas, cayó enfermo. Poco después fallecía en Galveston. Estaba a 5.600 kilómetros de la isla Prince Edward, así que fue enterrado en un ataúd de plomo, en el interior de una tumba excavada en granito. Un año después, en septiembre de 1900, Galveston fue azotada por un huracán que inundó el cementerio. La tumba de Coghlan fue destruida. Su ataúd salió flotando hasta el golfo de Méjico. Durante años flotó a la deriva por la costa de Florida hacia el Atlántico. Una vez allí, la corriente lo fue llevando hacia el Norte. Pasaron ocho años. En octubre de 1908, unos pescadores que estaban en la isla Prince Edward vieron una especie de cofre estropeado flotando cerca de la costa. Coghlan había recorrido 5.600 kilómetros y lo había hecho en la dirección adecuada, pero además, había sido visto en el lugar preciso.

(¡Cuántos pueblos no pasaría en su camino de regreso!) Sus paisanos, llenos de asombro y no sin un cierto temor reverente, lo enterraron en la iglesia local, donde el actor había sido bautizado.